



el mundo para reunir así del Oriente y Occidente, como del Norte y del Mediodía, los pueblos comprados con la sangre del Salvador y destinados á recibir el misterioso depósito de su voluntad, de sus promesas y de sus preceptos.

Finalmente, debajo de estas bóvedas sublimes (1) y solemnes se derrama una luz misteriosa al través de cristales de mil colores, pues que no había de ser el sol que alumbraba los trabajos del hombre terrestre el que había de brillar en el santuario de los misterios más inescudriñables, sino que, por el contrario, era menester á la vez los más puros rayos de la aurora y los más suaves resplandores del sol poniente, producidos por el admirable juego de la luz al través de los cristales góticos. En esta luz, en cierto modo sobrenatural, había sabido representar el arte de una manera viva y chocante la historia del cielo y de la tierra, y al Señor del templo, y á los Santos que le rodean, y la caída del hombre y su resurrección en el juicio final. En cualquiera parte adonde se encaminasen, tanto el fiel recogido como el hombre de mundo indiferente, tenían que hallar pinturas propias para mantenerlos en las santas disposiciones ó para conducirlos á ellas. Estos templos que hablaban al ojo con sus estatuas, pinturas, formas, adornos y símbolos, eran un verdadero libro que reemplazaba los que la imprenta extendió más tarde, y en donde el sabio y ignorante podían sin dificultad conocer sus relaciones con Dios y el mundo futuro (2). «Las imágenes, había dicho San Gregorio el Grande, son los libros de los que no saben leer: no se las adora, pero se ve en ellas lo que es adorable.»

Los monasterios fueron los primeros en construir estas grandes basílicas y en formar arquitectos y escultores. Foulda y San Gall tuvieron nombrada bajo este concepto. Luégo, poco á poco se formaron artistas seculares, que se reunieron en corporaciones, es decir, en cuerpos de oficio (cofradías de albañiles), con el objeto

(1) Hurter, t. IV, p. 673 sq.; Gessert, Historia de la pintura sobre vidrio. Stuttg., 1839.

(2) La idea de la arquitectura cristiana está muy bien descrita en el bello poema de Titurel. Cf. Boissier, Ensayo sobre la descripción de la iglesia de Saint-Gérard, en el canto III de Titurel. Munich, 1835.

de conservar y propagar los secretos de su arte, y de ayudarse recíprocamente en los inmensos trabajos necesarios en estas construcciones gigantescas. En el siglo XII la mayor parte de las iglesias eran sólo de madera, exceptuando las de Italia; y hubo una admiración general cuando se hicieron de piedra las bellas iglesias de Cluny en Francia, y del obispo Bernard en Hildesheim, y en el siglo XIII se rivalizó en ardor para construir en todas partes nuevos templos, maravillosas catedrales, cúpulas y flechas; tales monumentos que apenas al presente los Estados más poderosos leventarían otros iguales, á pesar de sus recursos rentísticos (1), siendo así que entonces una sola población ó un convento los emprendía con atrevimiento y lo acababa, merced al generoso desprendimiento que inspiraba una fe profunda; pues la fe era la palanca que removía estas enormes masas, como lo prueba la solemnidad religiosa que acompañaba al acto de colocar la primera piedra y la dedicación del templo (2).

Esta noble y piadosa actividad agitó la Europa de un extremo á otro. En el fondo del Norte, el arzobispo Eystein construyó la catedral de Drontheim en honor de San Olafo, el más sólido, rico y completo monumento de la península escandinava, cuyas estatuas y esculturas rivalizaban con las de San Pedro en Roma. En Alemania, las catedrales que pasaban por obras maestras del arte gótico, eran, después de las de Marbourg y de Tréveris (desde 1227), la cúpula de Colonia (1246), iglesia modelo (3) fundada por una fe vigorosa, cuyas esperanzas no han visto realizadas los siglos, monumento maravilloso, aunque sin acabar, que por mucho tiempo ha parecido desafiar con atrevimiento los infructuosos esfuerzos de los

(1) Prissac, Construcción de las iglesias en la edad media, (Gac. de Colonia, 1842, núms. 25 y 26).

(2) Véanse descripciones detalladas en Hurter, Inocencio IV, p. 662 sig. y 667 sig. (alem.)

(3) Según los planos del maestro Gerhard; la catedral de Estrasburgo, según los de Erwig de Steinbach. Cf. Fr. Beck, Historia de un albañil alem. Munich, 1834. Theod. Melas, Erwig de Steinbach. Hamb. 1834. J. Garres, las catedrales de Colonia, Munster y Estrasburgo. Ratisbona, 1842.



modernos. Colonia, Estrasburgo y Friburgo formaron la majestuosa trilogía gótica del Rin. Entonces fué también cuando se construyeron en Francia las catedrales de Chartres (1), inaugurada en 1260, después de siglo y medio en construirla; de Reims, metrópoli de la monarquía, en 1232, de Amiens en 1228, de Beauvais en 1250, la santa capilla de San Dionisio, las torres de Nuestra Señora de Paris en 1223; en Bélgica, la iglesia de Santa Gudula de Bruselas, en 1226; la de Dunes, construida en cincuenta años (1214-62) por cuatrocientos frailes; en Inglaterra, Salisbury, la más hermosa catedral de este reino (1220), la mitad de la de York (1227-60), el coro de Ely en 1235, la nave de Durham en 1212, la abadía nacional de Westminster en 1247; en España, las iglesias de Burgos y de Toledo, fundadas por San Fernando en 1228.

Luégo todas las artes, siendo nobles émulas ó servidoras fieles, se agruparon en torno de la arquitectura cristiana, su primogénita y su señora. De pronto la escultura, después de débiles ensayos, creó nobles producciones desde el siglo XIII, é hizo salir de la grosera muela las más preciosas estatuas de ángeles y santos que poblaron las puertas de las iglesias metropolitanas, las figuras de los grandes y poderosos señores y de sus castas esposas, durmiendo con el sueño de los justos sobre sus sepulcros de piedra, con las manos juntas, la cabeza apoyada sobre las rodillas de los ángeles, y á veces rodeadas de su numerosa prole.

En Florencia, sobre todo, se desarrolló el arte plástico aplicado á las iglesias y á sus adornos. Nicolas de Pisa y su ilustre familia crearon una escultura llena de pureza y de vida; el mármol respiró bajo su escoplo. Andres de Pisa esculpió las tres primeras puertas de la catedral (1339-40). Ghiberti de Florencia vació en bronce las dos puertas del baptisterio de San Juan de esta ciudad, dignas, según expresión

(1) Esta catedral fué construida conforme al plan de Roberto de Coucy; otro arquitecto célebre, Brunelleschi (1377-1444), emprendió la construcción de la cúpula de la catedral de Florencia de tal manera, que se sostuviese por su peso, por lo que mereció la alta admiración de Miguel Ángel.

de Miguel Ángel, de adornar la puerta del paraíso. Lucas de Robbio, discípulo de Ghiberti, hizo bajos relieves de tierra cocida, que pintó y luégo cubrió con un esmalte duradero. En la cúpula de Florencia se admira el bajo relieve que representa unos monaguillos en ejercicio, cuya actitud es tan natural y la expresión tan viva, que parece se les oye cantar. Donatella de Florencia pasa por el restaurador de la estatua en Italia: la profundidad del pensamiento falta en sus obras; con todo, procuró reemplazarla por el movimiento apasionado de sus figuras. El tesoro artístico más precioso de la iglesia de Nuremberg, es la estatua de San Sebald, hecha por Vischer, que murió en 1530.

Á su vez la pintura se unió á la escultura y arquitectura para glorificar al Señor, y tomando un vuelo tan rápido como atrevido, produjo obras maestras, de que se enorgullece la Italia, pues son tales, que hasta ahora no se han hecho otras iguales (1). Pisa y Sena, cuyo melancólico aislamiento atrae todavía al viajante, fueron la cuna de la pintura; en Florencia tuvo luégo su metrópoli, y allí se formó una asociación de artistas, bajo el patronato de San Lucas, la cual, dirigida por Guido de Sena en 1221, y Giunto de Pisa en 1210, fué la primera escuela seria y verdaderamente inspirada por el genio del arte y de la religión: alcanzó tan alto grado de perfección en Cimabue en 1240-1300, que Florencia recibió en triunfo el cuadro de la Anunciación, persuadida de que la cabeza de la Virgen había sido pintada por un ángel bajado del cielo á este intento. Los cuadros de esta escuela todos están pintados sobre un fondo de oro, y tienen un carácter piadoso y grandioso; mas algunas partes de estas figuras son de una longitud desmesurada. Giotto (1270-1336), que acertó más en imitar la naturaleza, sus graciosas formas y su movimiento, ensalzó más la gloria de su escuela; y hablando con propiedad, fundó la escuela en Florencia, cuyos principales maestros son, sobre todo, los siguientes: Domingo Ghirlandajo (1451-93); el piadoso dominico Ángel de Fiesole (1387-1455), que pin-

(1) Cf. Raumer, Historia de los Hohenstaufen, t. VI, p. 539-46. Hurter, Innoc. III, t. IV, p. 674-79.





taba siempre entre súplicas y lágrimas (1); Masaccio (1417-43), que se hizo notable por el uso del claro oscuro; Leonardo de Vinci, cuya inimitable Cena presenta el modelo acabado del arte en su fin más noble; Fr. Bartolomé, que siguió las huellas de Leonardo, y dió á sus figuras un carácter de hermosura varonil; Miguel Ángel (1474-1564), por el pincel enérgico y severo, que adornó la capilla Sixtina con austeras figuras de los profetas del Antiguo Testamento y con el terrible cuadro del juicio final.

En la Umbría, el espíritu de San Francisco de Asís, siempre viviente, había hecho de su iglesia de la Porciúncula un santuario, no sólo de fe, sino también del arte. Una muchedumbre de franciscanos se entregó con éxito á la pintura, y todos los pintores célebres del siglo siguiente pagaron su tributo al seráfico Patriarca, adornando con sus obras su iglesia de Asís. Los que más se distinguieron en esta mística escuela de la Umbría, fueron: Perugin (1447-1524), Francisco Francia (1450-1518), y sobre todos Rafael d'Urbino (1483-1520) (2), á quien immortalizaron varias obras maestras, y entre otras Nuestra Señora Sixtina y las habitaciones del Vaticano. Despues vino también el Corregé (1494-1534), para el colorido brillante y mágico; el Titien (1474-1576), discípulo de Bellini y de Giorgione, tan perfecto en la armonía de los colores y la verdad de la expresión, y no sólo muy celebrado por su Asunción y su Cena, si que también por un magnífico *Ecce Homo* y muchas otras obras capitales.

También en Alemania se formó á orillas del Bajo Rin, y al lado de la cofradía de los albañiles, una escuela de pintura, cuyos maestros más celebrados fueron los hermanos Huberto, Juan Van Eyk (1336-1470), Alberto Durer (3) (1471-1528), y más tarde Holbein (1498-1554).

(1) Cf. Vida del pintor fra Giovanni da Fiesole, de la orden de los Predicadores, segun Jorge Vasari en *La Sion*, 1849, núm. 137 y 138.

(2) *J. D. Passavant*, Rafael d'Urbino y su padre Juan Sanzio. Leip., 1839, en 2 part. y 14 grab.

(3) *Wagen*, Hub. y Juan Van Eyk. Bresl., 1822. *J. Schopenhauer*, Juan Van Eyk y sus sucesores.

Por fin, la música, hermana de la escultura, de la pintura y de la poesía, dando al pensamiento una forma armónica, animando las bóvedas silenciosas de las basílicas con sus melodías vivientes, embelesando el oído de la misma manera que la pintura á la vista, asoció su poderío al de las demas, y dió cima á la obra religiosa y civilizadora de las artes. Había sido, en efecto, sorprendente que el genio inspirador del arte cristiano no hubiese sabido de qué manera sacar partido de un arte como la música, y hablar con lenguaje digno de los sublimes sentimientos que la Iglesia manifiesta en sus grandes y solemnes ceremonias. De ahí provino el canto ambrosiano y gregoriano, por el cual se ve que la Iglesia comprende y se utiliza de todas las artes (1); Carlo-Magno se esforzó en llevar á la otra parte de los Alpes este canto eclesiástico, que progresó mucho por el uso de los órganos. Luégo aparecieron otras causas de música religiosa, y la Iglesia, lejos de oponerse á ello, dispensó siempre á la música el más noble y poderoso apoyo (2). En el siglo XI el piadoso monje Gui d'Arezzo, para obviar á las imperfecciones de la notación musical y de la medición, fué el primero en inventar la escala diatónica, llamada *gama*; se sirvió de claves, de intervalos entre las líneas, etc., etc.; este sistema fué perfeccionado por un cierto Franco, maestro de música en Paris, que probablemente vivía en el siglo XI (3) (*cantus mensurabilis*). La orden Cisterciense se dedicó con un celo particular al estudio del canto, y San Bernardo decia: «No debe ser duro ni empalagoso, tiene que agrandar al oído, «conmover, despertar el corazón, consolarlo y «calmarlo, llamar la atención sobre el sentido «de las palabras, repitiéndolas, y llevando «misteriosamente la virtud al alma.»

(1) Cf. *Raumer*, l. c., lib. VI, p. 519-23. *Hurter*, loc. cit., t. IV, p. 651-52. *Wisseman*, Ensayo sobre la liturgia de la capilla papal en la Semana Santa.

(2) Cf. Notables decretales de Juan XXII: *Doctus sanctorum Patrum*; Extravag., lib. III, tit. I.

(3) Segun otros, este Franco era natural de Colonia, y contemporáneo de Fed. I. Véase su *Ars cantus mensurabilis*, publicado por *Gerbert*, de *Cantus et musica sacra*, III, 1 sq. En el texto he seguido á *Hurter*.



La decadencia de la vida religiosa, de que tan á menudo se ocuparon los concilios durante este período, necesariamente debió acarrear la de la disciplina penitenciaría. La facilidad con que podían los fieles sustraerse á los saludables rigores de aquélla, mediante las numerosas indulgencias concedidas por Julio II á cuantos contribuyesen con alguna limosna á los gastos de la construcción de la basílica de San Pedro, fué también en parte causa de la misma decadencia. El celo serio de los primeros siglos cristianos por las prácticas de la penitencia, fué reemplazado por una increíble ligereza, que iba en aumento á causa de los sarcasmos criminales de las sectas, que de día en día eran más atrevidas. Esto dió márgen á las quejas amargas de los concilios sobre la barbarie, grosería é inmoralidad de los pueblos, alimentadas, ó más bien ocasionadas por el descuido que el clero tenía en instruirles; y parecia que las únicas armas de que se echaba mano para conducirlos, eran la excomunión y el entredicho, de que se hacia tan frecuente y precipitado uso, que los concilios creyeron á menudo tener que restringir el uso de estas penas canónicas. Sin embargo, habiendo reaparecido con frecuencia la peste, y sobre todo la peste negra (1), entre otras catástrofes, volvieron los espíritus á ocuparse de pensamientos más serios, y algunos se lanzaron á vias extremas. Así fué que se vieron inmensas tropas de disciplinantes que se azotaban con exceso (2); el mismo San Vicente Ferrer, poco ántes de disolverse el concilio de Constanza, dirigió una tropa de estos penitentes (3), que pensaban apartar con sus macera-

(1) *Hecker*, La peste negra en el siglo XIV, Berl., 1842. *Id.* La peste danzante, enfermedad popular en la edad media, Berl., 1832. Cf. *Tholuck*, Miscelánea, t. I, p. 91 sig.

(2) *Historia flagellantium*, seu de recto et perverso flagellorum usu apud christianos, Par., 1700. *Foerstermann*, Historia de las cofradías de los disciplinantes, Halle, 1828. *Mohnike*, sobre lo mismo en la *Rev. hist.*, d'Ilgen, 1833, t. III. *Scheegans*, Los disciplinantes, y sobre todo la gran procesion de Estraburgo en 1349, segun Franz de Tischendorf, Leipzig, 1840. Este trabajo encierra nuevos datos. Cf. *Schreckh*, Historia de la Iglesia, XXXIII parte, p. 446-57.

(3) *Gerson*, Ep. missa magistro Vincent., etc. (opp. t. II, p. 658. *V. de Hardt*, t. III, P. VII, p. 94 sq.)

ciones el juicio de Dios, cuyas señales creían conocer en las desgracias del tiempo. Muy á menudo confiaban más en sus propias obras que en los méritos de Cristo y en sus Sacramentos, y su culpable presunción despreciaba todo cuanto hacia referencia á la Iglesia (1). De otra parte, en oposición con los disciplinantes, apareció la secta de los danzarines, á los que se les creyó poseidos del demonio, y se recurrió á los exorcismos para librarlos de él; y finalmente, la Inquisición les persiguió á ellos y á los disciplinantes.

No obstante la decadencia de que acabamos de hablar, la fe daba todavía muestras de su vitalidad, sobre todo en las misiones llevadas á cabo entre los pueblos paganos. Más bien fué por efecto de la terca resistencia de los lituanenses, que por falta de misioneros celosos, que estos pueblos tardaron tanto en convertirse (2). Los caballeros teutónicos, que propagaron el Evangelio en las regiones próximas á la Lituania, pagaron caros los ensayos que hicieron para introducir allí el Cristianismo, pues ocho cayeron prisioneros y fueron quemados juntos en 1260. Sin embargo, algunos lituanenses concluyeron por entrar en la iglesia rusa. Jagellon dió un paso más decisivo para la conversión de su pueblo, aceptando el Evangelio y obligando á sus súbditos á imitar su ejemplo, con la mira de obtener más fácilmente la mano de la princesa Hedwige y con ella el trono de Polonia, 1386 (3).

Habiendo Jagellon sido bautizado en Cracovia, y siendo despues rey de Polonia, con el nombre de Wladislaw III, pasó de nuevo á Lituania seguido de gran acompañamiento; allí hizo derribar los santuarios paganos con el

(1) Cf. *Raynald*, ad ann. 1372, núm. 33.

(2) *Kojalowicz*, Hist. Lithuaniae, P. I., Dantiscí, 1659; P. II., Antu., 1663, in 4. Cf. *Narbut*, § 180, p. 411.

(3) *Duglossi*, Hist. Polon., Francof., 1711, in fol., lib. X, p. 96 sq.; segun este autor, Jagellon fué bautizado con su hermano Switrigal y su primo Witoudt. Sobre este acontecimiento cf. *Dlug*, l. c., p. 109, y los Anales de *J. Lindenblatt*, autor contemporáneo, publicados por Voigt. Koenigsb., 1823, p. 60 sig.; 224 siguientes.





ánimo de manifestar á sus súbditos que de nada servían; él mismo se dedicó á enseñar á sus vasallos, y les concedió vestidos nuevos; esta generosidad atrajo á su alrededor masas de pueblo. Siendo imposible bautizarlos de uno en uno, fueron hisopados con agua bendita, dando á grupos enteros los nombres de Pedro, Pablo, etc. Tan sólo se dió el bautismo individualmente á los nobles y militares. Andrés Vassillon, franciscano polaco y confesor de la reina, fué nombrado obispo de Wilna, dignidad en que fué confirmado por el papa Urbano VI, que le colocó bajo su jurisdiccion inmediata, y prohibió los matrimonios entre cristianos, griegos y romanos. El modo como estos pueblos habian sido bautizados manifiesta que para ellos era una ceremonia exterior sin verdadera é íntima conviccion por su parte, motivo por el cual el paganismo continuó entre ellos por largo tiempo. Eneas Silvio refiere, segun el testimonio del monje Jerónimo de Praga, que todavía continuaba en Lituania el culto á los ídolos poco despues del concilio de Basilea, y que hubo síntomas de revolucion; así que Jerónimo, apoyado por el rey Wladislao y el duque Witoudt, quiso echar por tierra los altares paganos (1).

De la misma manera se convirtió á los lapones (2), entonces súbditos de los suecos desde el año 1279; lo cual fué debido, sobre todo, á Hemming, arzobispo de Upsal, quien en 1335 consagró para estos pueblos una iglesia en Tornea.

Poco consuelo dieron los judíos á la Iglesia durante este período. Así en la edad media como en la época de la emigracion de los pueblos, los judíos, siempre especuladores, codiciosos y hábiles, habian amontonado muchas riquezas con el comercio y la usura, ejercidos en Italia, Francia y Alemania (3). Como los cristianos opinaban generalmente que era usu-

(1) *Aeneas Sylvius*, de *Statu Europ.* sub. *Frider. III.* c. 20. (*Freheri Rer. Germ. Scriptor.* ed. *Struve*, t. II, p. 114).

(2) *J. Schefferi Lapponia*. Francf. 1673, in 4.

(3) Cf. *Depping*, los judíos en la edad media. Stuttgart, 1834, y particularmente *Jost. Hist. de los israelitas hasta nuestros dias*. Berl., 1825 sig.

ra el dejar dinero á interes, sucedió que todo cuanto tenía algun roce con especulaciones de dinero estaba en poder de los judíos, lo cual contribuyó mucho á aumentar su bienestar. Sus propias riquezas á menudo les ocasionaron persecuciones atroces, justificadas, imputándoles ser la causa de las calamidades públicas, tales como la peste y los temblores de tierra, y se les imputó igualmente vicios infames, crímenes abominables, entre los que citaremos el envenenar los pozos, asesinar los niños cristianos y beberse su sangre por las fiestas de Páscoa, y maleficar la atmósfera; así es como se excitaba en contra de ellos la animosidad y el furor de la muchedumbre. Su posicion, tan precaria en Alemania, era aún peor en Francia é Inglaterra. Los Papas, protectores de los oprimidos en la edad media, á menudo levantaron la voz en favor de los desgraciados judíos; con sus exhortaciones y amenazas excitaban á los cristianos á la dulzura y á la justicia, y reprendian con severidad la violencia con que se les queria obligar á bautizarse; así que Inocencio III dijo: «Ningun judío tiene que ser obligado á bautizarse; si alguno no quiere dejarse bautizar, no por esto tiene que ser despreciado. Nadie se apodere injustamente de sus propiedades, ni se oponga á sus fiestas, ni devaste sus cementerios.» Estas prohibiciones fueron reiteradas por muchos otros Papas (Inocencio IV, Gregorio IX). De otra parte, se procuraba de una manera más directa que los judíos conociesen la verdad; así fué que algunos sabios de la edad media, no ménos que algunos piadosos y célebres escolásticos, procuraron refutar en obras especiales las objeciones de los judíos contra el cristianismo (Alano de Ryssel, Santo Tomás de Aquino, Raimundo Martin de Barcelona, muerto despues del año 1286: su libro polémico-apologético, *Pugio fidei adversus Mauros et Judaeos*, es el tratado principal de este género que aparecia en la edad media). La conversion del judío Hermann en el siglo XII, que se hizo religioso premonstratense, fué verdaderamente célebre y produjo felices resultados.

Por desgracia, en España no hubo tanta tolerancia; por manera que en 1492 los reyes Fer-



nando é Isabel pusieron á los judíos en la alternativa de bautizarse ó abandonar su patria. El pueblo los odiaba por sus usuras ordinarias, y sus relaciones con los moros, que á la sazón ocupaban un territorio muy limitado, los hizo sospechosos, no sin fundamento, á los ojos de los príncipes, y á consecuencia de esto, en 1492 tuvieron que pasar de España á Portugal ciento sesenta mil familias judías, en donde, léjos de encontrar la tranquilidad que apetecian, se les puso cuatro años despues en la misma alternativa que en España. El mismo trato recibieron los moros, cuya dominacion en España, hasta entónces de ocho siglos, acabó en 1492 con la toma de Granada, última ciudad suya. Cuando la conquista de Granada se concedió á los moros el libre ejercicio de su religion; pero habiéndose descubierto una conspiracion en 1493, se les obligó á escoger entre el bautismo y el destierro, medida rigurosamente llevada á cabo en 1501.

El descubrimiento de la América y los viajes de Vasco de Gama al rededor del África excitaron vivamente el pensamiento y el deseo de anunciar el Evangelio á todos los pueblos, hasta los confines de la tierra. Alejandro VI dió á Fernando el Católico, rey de España, el encargo de introducir el cristianismo en América y hacer reconocer en aquellas tierras al Papa como señor feudal (1), de la misma manera que Eugenio IV y Calixto III lo habian hecho respecto á los países descubiertos en África. Á este intento Alejandro VI envió á España al vicario de los franciscanos con doce frailes de su orden, á los cuales se asociaron muchos dominicos, todos los cuales tenian que ir á América. Su obra fué en gran parte retardada por la crueldad de los españoles en el Nuevo Mundo; mas, sea dicho de paso, esta crueldad, aunque real, ha sido muy exagerada. Los dominicos, sobre todo, hicieron valer en favor de sus neófitos los sagrados derechos de la humanidad, y aún en este terreno tan difícil no dejaron estéril la virtud del Evangelio. El infatigable celo

(1) *Raynald*, ad ann. 1443, núm. 10; ann. 1454, núm. 8 sq.; ann. 1455, núm. 7 sq.; ann. 1493, núm. 18, 19, 24 sq. Cf. *Robertson*, *Hist. of Americ.*, Lond., 1772.

del heroico obispo de Chiapa, Las Casas (1), arrancó á Carlos V una ley que aseguró la libertad individual de los indígenas. Esta ley dió más tarde ocasion y pretexto al infame tráfico de negros en las riberas africanas; pero es una calumnia atroz el atribuir esto al generoso misionero, que por doce veces se expuso á los peligros de la travesía para patrocinar la causa de su desgraciado rebaño. Las Casas murió en Madrid en 1566.

Los vicios, abusos y exageraciones que se habian mezclado con la vida y doctrinas eclesiásticas, levantaron contra la Iglesia, no tan sólo los herejes de que hemos hablado ántes, sino también el celo de varios personajes, que bien á menudo se manifestaron apasionados, algunas veces ciegos y siempre exclusivos en sus polémicas. Reclamaban y procuraban llevar á cabo una reforma; mas no ya apoyándose en la Iglesia y partiendo del punto de vista católico, como lo habian hecho los miembros más eminentes de los últimos concilios, sino alterando bajo ciertos respectos la sana doctrina, é insistiendo con exageracion, y frecuentemente con perfidia, en el ejercicio de la libertad cristiana, en el libre uso de las Sagradas Escrituras, ni más ni ménos que si el verdadero significado de la palabra de Dios y el noble y legítimo uso de la libertad no se encontrasen en la Iglesia, en donde la habian buscado y encontrado los más respetables doctores y los personajes más eminentes de todos los siglos cristianos.

Entre estos reformadores se encuentran:

1.º Juan Wessel, nacido en Groningue en 1419, quien, luégo de haber recibido su primera educacion entre los clérigos de la vida comun en Zwolle, estudió la teología en Colonia; luégo se familiarizó con los autores clásicos griegos y romanos, aprendió el hebreo, enseñó en Colonia, Lovaina, Paris, Heidelberg (2), y por sus conocimientos literarios y escolásticos

(1) *Bartolomé de las Casas*, *Brevísima relacion de la destruccion de las Indias*, 1552, en 4.º *Weise*, sobre Las Casas, en la *Revista de la hist. teológ.* publicada por Illgens, 1834, t. IV, p. 1.

(2) *Tratados teológ.* de *Farrago Wessel*. Viteb., 1522. Despues Lutero añadió un prefacio.